

La misión que surgió por el deseo del cacique Maipag de los Juncos

La autoridad indígena le pidió al superintendente de Osorno, Juan Mackenna, establecer en su jurisdicción un recinto religioso de este tipo, lo que se concretó en mayo de 1805, con la fundación de la Misión de la Costa (hoy llamada San Juan). Ello aumentaba su prestigio y poder en el territorio. Fue iniciada por franciscanos españoles y continuada por capuchinos italianos. Se ubica actualmente en el mismo sitio original donde fue construida.

Rodrigo Rodríguez Pérez
y Manuel Cifuentes

Una de las misiones más antiguas y conocidas en la provincia y zona sur, y que está plenamente vigente, es la Misión San Juan, enclavada en la misma ubicación original de 1805, en medio de los cerros de la Cordillera de la Costa.

Aquel complejo religioso, famoso por su singular cementerio con casitas de madera que se asemejan a las viviendas de tamaño real, nació por el deseo del cacique Maipag de los Juncos (que estuvo presente en el Tratado de las Canoas de 1793), quien le pidió al superintendente de Osorno, Juan Mackenna, instalar una misión en su jurisdicción. Ya existían en ese momento las de Quilacahuín y Coyunco, surgidas tras el acuerdo de paz. Los líderes indígenas de la época se interesaron en estos recintos, ya que les daba prestigio y elevaba su poder dentro del territorio. Los caciques eran recibidos en actos religiosos y oficiales dentro de las misiones con todos los honores y pompas de una autoridad.

En 1805, el padre fray Francisco Xavier de Alday (prefecto de las misiones del sur) trasladó la solicitud al Gobernador y Presidente de Chile, Luis Muñoz de Guzmán, quien ordenó por decreto del 20 de mayo de ese mismo año fundar las misiones de San Juan y de Pilmáiquén (en San Pablo).

En cumplimiento de lo ordenado, 4 días después el superintendente Mackenna en persona, junto al comisario Francisco Aburto; y los padres Mariano Ramis de Coyunco y Juan Theniente de Quilacahuín (en representación de Alday), además de varios capitanes de amigos y soldados, se trasladaron al sitio elegido para la misión, donde los esperaban el cacique Maipag con sus guilmenes y otros caciques subalternos, además de gente del sector.

Mackenna les comunicó



VISTA DE LA MISIÓN SAN JUAN, O DE LA COSTA COMO SE LLAMÓ ORIGINALMENTE, TOMADA EN 1920.

que el Rey de España les había concedido establecer la misión, pero que como se había acordado en el Tratado de las Canoas, debían entregar a los niños para su instrucción cristiana y bautismo, y en adelante los matrimonios serían bendecidos según el rito de la iglesia. Maipag respondió que bajo las referidas condiciones, admitían a los misioneros, a los que trataría como a sus padres naturales. En los informes originales fue denominada como Misión de la Costa, bajo la advocación de San Juan Bautista.

En 1806, Mackenna le comunicó por carta al padre Alday que fue designado para la misión fray Francisco Hernández Calzada, religioso franciscano de la regular observancia, nacido en Villa de Gata, en Extremadura, España, en 1760. Llegó a Chile en 1785 y en 1796 estuvo a cargo de la vecina Misión de Cudico (ubicada al oeste de la actual ciudad de La Unión). Hernández Calzada permaneció en la Misión de la Costa hasta su muerte. En la etapa inicial también participó el padre Mariano Ramis, de la Misión de Coyunco, que atendió la misión costera hasta 1811.

TERRENO EN ALTURA

El nuevo complejo misional fue establecido en un lugar remoto para la época, situado en

medio de la Cordillera de la Costa, entre bosques y sin caminos. El terreno asignado por el cacique Maipag era de una extensión superior a las 100 hectáreas. Se erigió en una colina, espacio siempre escogido para la defensa del recinto y como una forma de dominar el paisaje circundante.

Tenía las mismas características de Quilacahuín y Coyunco: una residencia del misionero, una capilla, un campanario usado como bodega y otras construcciones para alojamiento de los indígenas que iban a recibir instrucción, donde se quedaban varias semanas. Todo era de tablas y troncos. Y al igual que las demás, tenía un cementerio, que se conserva hasta el día de hoy.

La misión estaba comunicada por una vía empinada que serpenteaba por los cerros y salía al antiguo Camino Real en la zona de Pulofo (actual Ruta U-22), para luego conectar con Osorno. Se aprovechó, de seguro, antiguas huellas indígenas, aunque la apertura del camino formal fue apoyada por el gobierno colonial. La instalación misma de la misión estuvo financiada por la autoridad colonial central de la época. Después el mismo gobierno estableció un sínodo o pago para la mantención del misionero, lo que se mantuvo todo el

siglo XIX durante la República de Chile, igual como si fueran funcionarios públicos.

Como si el trabajo religioso fuera poco, los frailes también realizaban faenas agrícolas en los predios de las misiones, que consistían en sembrar la tierra con trigo y papas, hacer una huerta con verduras y hortalizas, plantar árboles frutales, criar animales de granja y luego cosechar los frutos para la alimentación del año de ellos mismos y los indígenas que acudían a evangelizarse.

BAUTIZOS

La amplia jurisdicción de la nueva Misión de la Costa limitaba con Quilacahuín y Coyunco, desde Pulofo hasta el río Contaco por el sur; y desde el río Contaco hasta el mar. En ella habitaba la población indígena llamada Juncos o Cuncos, que vivían entre los bosques de la Cordillera de la Costa y el litoral.

Los misioneros se movilizaban a caballo por huellas en medio del tupido bosque para llegar a las localidades donde vivía la población indígena. Y si bien el territorio de la misión era dominado en su mayoría por los Cuncos, en la zona más llana de la jurisdicción también se establecieron familias repobladoras de Osorno, tales como Rosas, Catalán, Asenjo y Guarda.

Los misioneros de la costa, al igual que sus pares de otras misiones, tenían múltiples labores religiosas: bautizaban a niños y adultos, efectuaban matrimonios, para lo cual los novios recibían una preparación previa.

Según los informes elaborados por los misioneros, entregados al gobierno central del Reino de Chile, se ve que en la primera etapa predominó el bautizo de niños en la Misión de la Costa. Entre 1809 y 1810, el registro indica que fueron bautizados 635 niños, además de 130 adultos. Hasta esa fecha se habían celebrado 96 matrimonios y 166 niños fallecieron en la jurisdicción.

En estas tareas religiosas eran ayudados por los "capitanes de amigos", que eran funcionarios a sueldo de la corona española, con poderes especiales, que se radicaban entre las comunidades indígenas y estaban encargados de mantener la paz, de convocar a los naturales a las actividades de la misión e incluso resolvían rencillas entre los mismos indígenas. Hablaban fluidamente castellano y la lengua de los indígenas. De un capitán de amigos despidiendo hoy en día una afamada comunidad indígena de San Juan de la Costa.

Por disposición de la iglesia, los difuntos de la jurisdicción debían ser enterrados en el cementerio de la misión, pero ello no siempre se cumplía. Las parcialidades más alejadas solían sepultar a los difuntos en "sus enterratorios, como era su costumbre, lo cual es un intolerable abuso y que los misioneros tienen la obligación de eliminar", se explica en el informe de las misiones del Colegio de Propaganda Fide del Colegio de Chillán.

CONGREGACIONES

Los franciscanos se mantuvieron en la Misión de la Costa hasta 1820, cuando Osorno fue incorporado a la República de Chile. Los frailes de origen es-

pañol se retiraron de las misiones de la zona y emigraron a Chiloé. Entonces, la nueva misión fue atendida por el misionero de Quilacahuín Agustín Palma, de origen chileno, hasta su fallecimiento en 1826. Y luego por el fraile español Antonio Hernández Calzada, hermano del religioso fundador de la Misión de la Costa, quien pese a ser español, permaneció en Quilacahuín hasta 1838, en los inicios de la República.

Ese mismo año asumieron la atención de las misiones de Valdivia y Osorno los franciscanos italianos llegados a Chiloé. Como los miembros de esta orden extendieron su labor pastoral en Chile, ya no pudieron trabajar en las misiones de la zona sur. Por ello, el gobierno de Manuel Bulnes le encargó al ministro plenipotenciario en Roma, Ramón Luis Irrazábal, buscar una orden religiosa para atender a los indígenas mapuches y huilliches en estos recintos. Entonces, en 1848 se firmó un contrato con los capuchinos italianos, que enviaron de inmediato a doce religiosos. A la Misión de la Costa fue destinado fray Francisco de Sassari, quien permaneció en el recinto hasta 1872, cuando falleció en su cargo a los 53 años de edad.

Los capuchinos italianos estuvieron durante 45 años en la Misión de la Costa, desde 1848 a 1896. Ellos renovaron la residencia misional y la iglesia, de forma similar a las de las misiones de Quilacahuín, Tralmahue y Rahue. En la era de los capuchinos italianos se inició también la primera escuela, en cumplimiento con las obligaciones establecidas por el Gobierno de Chile.

Asimismo, instauraron la Fiesta de la Virgen del Perpetuo Socorro, que se celebra el 21 noviembre y permanece vigente hasta hoy en la misión de San Juan. Es la celebración más antigua de Chile de aquella advocación y acuden cientos de fieles, especialmente del sector costa de la provincia. **CS**